

trar para esos modos y maneras: trabajo inútil, y aprendizaje penoso, si, al fin y al cabo, muchos de ellos son pura sutileza.

A un escritor de estos tiempos, tal vez le hiciera gracia que Cathos y Madelon le dijeran: —He leído sus versos; ¡que hermosa sinécdoque emplea usted al principio!

Pero podría darse el caso de que la palabreja, u otras menos obvias y corrientes, se empeñaran en cobrar nueva vida y llegaran a preocupar a los escritores mismos en el momento de la creación. Y uno, más escrupuloso que sus colegas, puesto a escribir, y dándole vueltas a una idea misma, se detuviese con cautela, exclamando:

—¡Alto ahí! Me parece que estoy cometiendo una perisología intolerable. ¿No sería mejor terminar con un carientismo o un diasirismo?

No; no hay temor, repito, de que estos libros científicos de Alfonso Reyes nos lleven a tales extremos. En primer lugar, porque todas esas cosas pertenecientes a un pasado extinto las ve con ojos limpios de superstición. En segundo, porque su conocimiento de nuestros días y de nuestras costumbres y aun de nuestros prejuicios literarios, le serviría siempre de correctivo. Alfonso Reyes, hombre de su tiempo, no es como los del antiguo sistema, que citaban a Virgilio para abrumar a sus pobres contemporáneos. Alfonso Reyes es muy capaz de citar a Jean Cocteau para aligerar a Lucano.

Enrique Díez-Canedo.

*Excelsior*, México.

28 de Abril de 1944.

## LOS ÚLTIMOS LIBROS DE ALFONSO REYES

### I

Alfonso Reyes escribe con esa decisión con que hablan esos maestros a quienes sus alumnos y oyentes les sonrían. Yo, que soy uno de ellos, alumno sonriente, oyente de mis discípulos y discípulo de maestros amenos, inteligentes y bonachones como Alfonso Reyes, me sonrío leyéndole —inefable placer de aprender cosas que se nos dicen sin pretender herirnos, ni adoctrinarnos, ni engañarnos, ni aplastarnos— y hasta me voy a atrever a ponerle algunas calificaciones a este interesante y admirable maestro.

Quisiera escribir sin gratitud para tratar de ser aproximadamente justo. Quiero decir que mi agradecimiento, nuestro agradecimiento colectivo para sus actos y gestos acogedores, entusiastas y generosos, (ya se sabe a que actividades tuyas me estoy ahora refiriendo) es verdaderamente enorme: quiero calificarle como lo hacen nuestros mejores intencionados alumnos, pero desprovisto, provisionalmente, de mis sentimientos de gratitud.

Es difícil oír todo lo que Alfonso Reyes dice, atender a todo lo que escribe y ha escrito y dicho. Numerosos son sus ensayos y sus libros. Sus artículos aparecen frecuentemente en las mejores revistas de América. Un maestro cotidiano como Reyes de quien, como se comentó de Gómez de Baquero, se espera que nos repase la lección todos los días, inventa pero también insiste, proporciona datos nuevos, pero los enlaza sabiamente como los anteriores. He citado a Baquero como podía haber citado a Azorín, a Canedo, a Sanín Cano, a Capdevila, a muchos otros de la estirpe de los periodistas y críticos valiosos que, en castellano, con sencillez ejemplar, nos proporcionaron generosamente cada día parte de su mucho saber. Alfonso Reyes ha sido para los españoles de ahora, un lector de clásicos castellanos, un comentarista de nuestras letras áureas, primitivas, renacentistas, modernas, magnífico, insustituible. ¡Con qué curiosidad oíamos a un letrado extranjero comentar nuestra



vieja literatura nacional, Quevedo, Calderón de la Barca, Góngora, Gracián, Hita... Oíamos con extraordinaria curiosidad a Reyes como escuchábamos a Icaza, a Blanco Fombona, a Ghirardo, a Catá y, por supuesto, ellos y otros muchos nos han mostrado algunos aspectos de las letras o de la vida española que nosotros mismos no habíamos visto. No eran turistas impertinentes: pertenecían con nosotros a una misma gran familia. Burgos, Deva, España, Madrid están incluso en los títulos de los libros de Reyes: *Las vísperas de España*, *Siete sobre Deva*, recientes relativamente, *Horas de Burgos* (1932) y *Cartones de Madrid*, 1914-1917, (1917), anteriores.

Se ha señalado en él su universalismo, su capacidad de adaptación a los medios diversos, y en esto ha sido y es al modo del perfecto diplomático. Otro tanto que los españoles pueden decir los brasileños y porteños, pues allí ejerció Alfonso Reyes la función diplomática y en esas ciudades y países clavó la mirada inquisitiva y recorriéndolos soñó con ellos, pues con nada se sueña mejor que con lo que se tiene cerca y porque en los sueños que se sueñan recorriendo los libros y las ciudades, los caminos lejanos y los viejos rincones de un país, es en donde mejor y más claramente se les ve. Por eso se le ha llamado (Villaurrutia, *Textos y pretextos*) *Un hombre de caminos*, y si se ha hablado de su espíritu europeo (L. Pacheco, en "Repertorio Americano") y no europeizante, europeo simplemente en cuanto universal, no creo que nadie mejor que los mismos mexicanos deban mejores noticias sobre lo mexicano que las que Reyes les haya proporcionado, ni duden de que, puesto a adaptarse y a comprender los países en que ha vivido, pocos de sus hijos se han adaptado y comprendido tan finamente a México como este erudito y poeta, menudo de talla como ese otro poeta de la ciencia que se llamó Plavlov.

No es de esos poetas en los que se delata el ensayista; por el contrario se trata de un ensayista que revela en su prosa aparentemente liviana, ingenio y sentencia al poeta esencial. Con espíritu libre de poeta busca los temas de sus ensayos, paisajes, hombres, libros, busca los temas con ansia pura de encontrar el gozoso saber

y en interés del hallazgo placentero, y, trabajándolos, los reduce a fórmulas en prosa que pudieran muchas veces ser línea del verso, de suerte que en gran parte un luminoso ensayo suyo quedó evaporado todo lo que pudiera ser enfadosamente didáctico reducido casi al poema afortunado.

## II

El europeo, ese hombre capaz de jugar al ajedrez con su sombra, ha vuelto a salir en letras de molde, esta vez se llama Epónimo y es uno de *Los siete sobre Deva*, de Alfonso Reyes. "Cuando yo era niño —dice— jugaba conmigo mismo al ajedrez, llevando a la vez las blancas y las negras". El ajedrez es uno de esos entretenimientos que inventado por gentes imaginativas, se ha convertido, en latitudes frías, en un alto deporte intelectual. Unos juegos "han caído solos del árbol del Paraíso", dice Reyes, pero no se sabe dónde acaban éstos y comienzan "los antinaturales", "los ascéticos". Entre los primeros están, entre otros, esos juegos a que se juega en el mundo de los niños, un mundo en el que se transmiten, sin intervención del mundo de los mayores, reglas y códigos de los mismos juegos con que se divertieron ya sin duda alguna los hijos del único hombre sin infancia, nuestro padre Adán. Si bien Adán mismo también jugó y el hombre adulto, por lo menos desde la expulsión del Paraíso de la casta humana, empeñado en la imitación de Adán, mucho más cómodo, si no tan gloriosa, que la imitación de Dios, juega también, procura divertirse, actuar, sin producir, unas veces a los juegos naturales como la excursión a la montaña y otras veces a los juegos ascéticos como el ajedrez. Hasta el europeo ha tenido que volver a los juegos naturales desde que sus ciudades se erizaron, por lo menos los domingos y fiestas de guardar y, desde que las leyes del trabajo se humanizaron un tanto, los sábados por la tarde. Entre otras cosas, dice Reyes, "el golf es el retorno de los ciudadanos al campo".

Este frío intelectual inventor de los juegos ascéticos, Epónimo, sacado otra vez en letra impresa por Alfonso Reyes, dialoga en el



libro al que me estoy refiriendo con Américo y Oceana —“Las Indias y Europa y el mar cambiante que las junta y separa” (Reyes) si no sobre todas las cosas humanas y divinas, porque el libro es seductoramente breve, sí sobre muchas cosas muy humanas, sobre Literatura y Ciencia, sobre los problemas de Europa y América, es decir, de ellos mismos, siempre en forma de glosa inteligente y muy amena y con el decidido tono agradable y simpático que emplea en sus enseñanzas el ilustre maestro mexicano. Se habla del alba de América (en “Las Naciones crepusculares”), se cuentan fábulas humanísticas (“De un fantasma”), se mienta a Talleyrand y a Rasputín: se discute sobre temas de cierta biología anterior a Carrell, puesto que los personajes de este diálogo, viejos, viejísimos personajes, “no alcanzaron a leer a Carrell” advierte su padre literario; se trae a colación el horror que Nietzsche sintió por la filantropía y el propio Reyes expone esta opinión de oriundez nietzscheana “La naturaleza, dicen, produjo un día la inteligencia y siguió adelante”. En fin el libro trae mil informaciones delicadas y curiosísimas y abundancia de ideas importantes.

Todo esto que comentan y discuten tan ilustres sombras —tres de los siete sobre Deva— lo comentan y discuten en un anochecido estival que se apaga sobre un paisaje vasco. Las fechas de un brillante diálogo entre sombras, en medio de unas sombras que avanzan y devoran la luz y los colores, pero no las palabras o por lo menos no los pensamientos, pueden caer hacia 1923, fecha en que Alfonso Reyes, lo soñó durante unos ya como fabulosos días de paz. Reyes describe a otros tres hombres y una mujer —los otros cuatro seres concretos de los siete sobre Deva— que meriendan y casi cenan frente al paisaje costero, bajo el anochecido. No tienen nombre, ni propiamente, aunque están allí, también desde que Epónimo, Américo y Oceana existen, son de ninguna parte: más bien con la juventud, la madurez, la vejez masculina y la mujer misma sin edad ni país. “El viejo era el acontecimiento nimio y constante... El de la edad intermedia vendría a ser entonces la acción y la mística militante... El joven es la posibilidad expectante... La mujer es ídolo ibérico cuando está inmóvil y diosa natural en cuanto suelta

el movimiento del cuerpo”. Pero como meriendan abundante y casi religiosamente (“comer es una labor profunda y seria”) tranquilizan la mente y el deseo y las funciones vitales de los cuatro adquieren su alegre ritmo mientras las tres sombras invisibles que los contemplan para rejuvenecer y confortarse, ponen a gran velocidad la máquina de pensar.

Lo único que es propiamente vasco es el paisaje y si acaso ese cura que pasa, sin querer ser el octavo sobre Deva, “flaco y pelotari unas veces y otras pantagruélico a lo divino”, Rabelais con el genio satírico extirpado. Lo que es ciertamente vasco es el paisaje de este libro en el que se evoca sentimentalmente la verde Deva, humeda, más que en el borde del mar, en el fondo del mar, ciudad casi submarina, Reyes la ha conocido en agosto, pero yo la he vivido en febrero: que se me permita decir que en las costas guipuzcoanas el invierno además de ser tibio, es vivamente pictórico y poético, que pone a flote y la eleva al paraíso de la conciencia el alma de pez que todos acaso llevamos dentro. El paraíso vasco está sumergido como la Atlántida y para llegar a la húmeda gloria de Deva hay que atravesar las mil capas marinas que entre ella y nosotros, animales de tierra, se interpone.

### III

*La experiencia literaria* (Editorial Losada. Buenos Aires, 1942) reúne un grupo de ensayos entre los que podía haber, por ejemplo, “La literatura ancilar” publicado después en “Filosofía y Letras” de México y otros entre los muchos que al tema de la expresión artística ha dedicado Alfonso Reyes. Crear literatura, entenderla, hacerla entender, dominar todos los secretos de la difusión de las letras, salvar los obstáculos técnicos, vencer las dificultades específicas del arte literario expresado en lenguas y en géneros diversos, todas estas y otras muchas experiencias literarias han dado suficiente motivo a Alfonso Reyes para escribir con finura, con sal y sin pedantería unas páginas ejemplares.

Este agudo comentarista de su paisano Alarcón, ha llamado a





la literatura "la verdad sospechosa". Don García, enredado en sus propios mitos, tenía que inventar nuevos enredos para desenredarse de las anteriores, mentiras madres de las mentiras nuevas. El literato enreda también —inventa, crea, imagina— para desenredarse o desenvolverse, para sacar afuera el laberinto de sus imágenes, intuiciones y pensamientos. La mentira estética puede ser una gran virtud: el artista es un don García que no maltrata ni desobedece las reglas de moral, es un don García prodigioso y vital que no llega a decir verdad que deje ya de ser sospechosa, como la verdad de sus figuras fingidas que hablan como seres reales, de sus conflictos espantosos ocurridos fuera de las fechas de la Historia y de sus lugares fascinantes que caen fuera de los mapas.

Lo importante no es construir ese laberinto interior sino saber mostrarle. La escritura es el pensamiento dibujado y la literatura ha de ser escrita, dibujada —pizarra y tiza— en una pared pública —el libro, el diario, la revista,— con arreglo a unas normas que hagan comunicable el estremecimiento que se experimenta en presencia de la belleza artística. La poesía, dice Reyes, es el combate de Jacob con el ángel de la inspiración con la técnica, del espíritu con la forma. La poesía legible es poesía calculada, sometida a una sintaxis, a un idioma dentro de otro idioma. La poesía es un combate con el lenguaje. En ese combate, en su victoria reside "el misterio lírico de la literatura".

Alfonso Reyes, poeta y literato, sabe por experiencia vivida todo lo que se pueda decir y diga él mismo sobre la experiencia literaria. Reune —reunión difícil— las dotes del creador y del crítico. El creador y el crítico revelan en este libro gran parte de sus secretos que no son utilizables sin embargo por quienes no tengan su buen juicio y no posean su madurez. Pero que en parte pueden ser orien-

tadores para quienes modestamente somos sus lectores y nos proclamemos sus discípulos. Discípulos sonrientes de este benévolo maestro, por cuya voz habla serenamente América, paisano de todos los seres humanos.

J. L. SANCHEZ-TRINCADO.

*El Universal*, México,

6 de Agosto de 1944.



## TENTATIVAS Y ORIENTACIONES

La maestría literaria de la obra de Alfonso Reyes, constituye uno de los mejores prestigios del México contemporáneo. El dominio expresivo del excelente ensayista, va por cierto aparejado a su destreza en el manejo de las ideas. Tanto en los libros contruidos para tratar un asunto, por modo sistemático, del tipo de los que consagra a la crítica griega y a la antigua retórica, como en los de la índole de *Pasado Inmediato*, *Ultima Tule* y *Tentativas y Orientaciones*, campea la inteligencia sutil y la gran amabilidad del escritor.

Alfonso Reyes es producto de una estricta disciplina. En los días en que Pedro Henriquez Ureña planta por primera vez su tienda en nuestro país, el sagaz ideólogo dominicano, no obstante su juventud, ejerce una plausible influencia en la formación de las gentes más destacadas de la época del Ateneo. Eran los días de *Savia Moderna* y de la *Sociedad de Conferencias*, cuando las reuniones en el taller de Jesús T. Acevedo, famosas por sus estudios, comentarios y lecturas, como la histórica del Banquete de Platón, que refiere el propio Henriquez Ureña.

El empeño ilustre del Ateneo abarca toda una época de la cultura de la República. El anhelo de conocimiento, adquirido de primera mano, en los autores esenciales, demuestra una seriedad inusitada en nuestro medio. De ahí se deriva la campaña que habría de conducir a la derrota del positivismo, realizada en la misma hora en que se desarrollan las primeras jornadas de la Revolución. Reyes empieza a tener sólida autoridad, al publicarse las *Cuestiones Estéticas*, precedidas de un certero, augural saludo del ilustre pensador peruano Francisco García Calderón.

Los temas vitales más complejos solicitan la inteligencia de Alfonso Reyes y de sus compañeros. Se ahonda el conocimiento de los clásicos siguiendo la pauta que ahora el humanista de *Tentativas y Orientaciones*, define con su proverbial lucidez: entender

el pasado en función del presente y no el presente en función del pasado. El escritor permanece desde el principio aparte de todo trascendentalismo rígido, al huir del tono declamatorio de la arenga, en prenda de legítimo buen gusto. El ingenio vivaz y travieso viértese en formas de pulcritud natural. Y así va soltando las ideas con un ademán elegante, cuya facilidad exterior presupone un espíritu docto en alto grado y una poderosa inteligencia crítica.

En México él es el arquetipo armonioso del hombre de letras profesional. Los trabajos de investigación que realiza en Europa, al lado de don Ramón Menéndez Pidal, en instituciones de la importancia del Centro de Estudios Históricos, acaban por afirmar su valimiento. Con la sabiduría de aquel para quien su oficio no ofrece secretos, gusta de espolvorear en unas cuantas frases, el polvo de oro de la erudición, con levedad engañosa. Su ingenio ágil constituye la antinomia de la pesantez mental. Posee la ciencia de insinuar admirablemente, en actitud de cautela respecto del menor alarde dogmático o impositivo.

De los trabajos que Alfonso Reyes colecciona en *Tentativas y Orientaciones*, su último libro, la mayoría habían aparecido dispersos en folletos y revistas. Constituye un acierto reunir disquisiciones que son para el lector un positivo deleite, como el *Discurso por Virgilio* y la *Atenea Política*, con estudios que obedecen todos a la propia tendencia humanista. De esta guisa, él forma un espléndido ramillete de ensayos llenos de viva actualidad.

REYES se constituye en abogado de la continuidad de la cultura. Precisa el alcance de la tradición, obrando a través de las generaciones y del comercio espiritual entre los contemporáneos. Con su habitual fineza de sensibilidad, se pronuncia contra la moda de la época inmediata anterior al presente conflicto internacional, que exalta actitudes inspiradas en el sentido catastrófico espengleriano.

Es cierto, nos dice el ensayista, que estamos en un mundo en crisis; pero lo que venga no podrá ser en absoluto diferente. Hay



también que librarse a tiempo de las deformaciones egocéntricas. La vida moderna padece una hipertrofia de inventos aun no bien asimilados. Compete a la democracia reestablecer la normalidad, por la eficaz circulación de la sangre por todo el organismo social.

Europa necesita del concurso de América para restañar las heridas de la guerra. Por sus antecedentes peculiares, fruto del mestizaje y de su necesidad de conocimiento de las grandes culturas, el hombre del Nuevo Mundo es el mejor dotado para la batalla de la universalidad. Reyes apunta, como esencia del futuro americano, el designio de fundir, en una síntesis superior, los valores culturales de aprovechamiento e integración, orientados desde el punto de vista del saber de salvación.

Alerta se mantiene en el amor a las cosas de México. Tras de dibujar, en trazos certeros, el grupo que califica con el rubro de generación del Centenario y de recoger valiosas apreciaciones acerca de diletas figuras literarias, tales como la de Luis G. Urbina, en libros anteriores, ahora en *Tentativas y Orientaciones*, por la escala del verso de Virgilio penetra a los pozos íntimos del espíritu nacional, revelándonos el valor de la *Eneida* en calidad de breviario excelso de patriotismo.

Los problemas de América son tratados por Alfonso Reyes en una perspectiva panorámica de largo alcance, a tono con las preocupaciones de mayor hondura. Humanista moderno de formación clásica, levanta el ideal económico de la unidad. Frente a la antítesis entre concordia y discordia, proyecta horizontes de esperanza para nuestro Continente y en particular por lo que hace a los pueblos de habla española. Y no pierde de vista que la convivencia civilizada exige eliminar la pesadilla del racismo y la viciosa organización económica que se funda en la ganancia que no procede del trabajo.

El intelectual —nuestro gran compatriota dice más ceñidamente, el poeta—, siente ante sí una función de medular trascendencia. Los planos de la sociedad futura no podrán hacerse sin el concurso

de la fantasía. Ahora se tiene que contar con las elaboraciones del ensueño. Los hombres de pensamiento sirven también de vasos comunicantes, para emplear el gráfico simil del polígrafo mexicano.

Tal es el ejemplo que nos da un especialista que tiene encendida la llama del humanismo. Dotado de universalidad auténtica, Reyes define como postulado del porvenir de América, superada la polémica entre autoctonistas y europeizantes, que no existe para nosotros otra raza que la raza humana. Porque la cultura representa el fruto de la voluntad creadora del hombre, que se nutre en el respeto pleno al decoro de la persona.

Salvador AZUELA.

*Novedades.*

México, D. F., 28 de septiembre de 1944.